

# AMÉRICA LATINA EN SU LITERATURA

*coordinación e introducción*  
*de*  
CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO



Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur... Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la Vieja Europa... Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como país del porvenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías.

G. W. F. HEGEL <sup>1</sup>

## ¿QUÉ ES LA AMÉRICA LATINA?

Y bien: ha pasado siglo y medio desde que Hegel hizo su profecía sobre América, mientras estaba diciendo que se negaba a hacerla. Lo que para él era porvenir ya es presente para América; el continente que para él era naturaleza es historia ya. Él hablaba de América del Norte y América del Sur: en la del norte se implanta actualmente la nación más fuerte del mundo; la del sur, bajo su nombre actualizado de América Latina, representa una de las ideas más dinámicas del mundo actual. Una serie de factores la han promovido al primer plano de la expectación pública: el primero, la explosión demográfica, aceptando esa etiqueta tecnológica aplicada al hecho de nacer; su crecimiento continental es el mayor del mundo: 2.9 % anual. Actualmente, cuenta con más de 270 millones de habitantes, irregularmente distribuidos en 21 millones de kilómetros cuadrados. Esta explosión, que se produce en el contexto económico llamado subdesarrollo, amenaza transformarse, a su vez, en explosión política. Pero lo que ahora nos interesa específicamente es que a partir de esta cadena de explosiones, o explosión en cadena, América Latina va anticipando otra: la cultural.

Y, sin embargo, la expresión *América Latina* sigue siendo notoriamente imprecisa. ¿Qué es la América Latina? En primer término, ¿por qué *latina*? Toda la latinidad comenzó en el Lacio, pequeño territorio adyacente a la ciudad de Roma, y fue creciendo en círculos concéntricos a lo ancho de la historia: primero hasta abarcar el conjunto de Italia, ampliándose luego a la parte de Europa colonizada por el Imperio romano, restringiéndose después

<sup>1</sup> *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, traducción por J. Gaos, t. I, Madrid, 1928, Revista de Occidente.

a los países y zonas que hablaron lenguas derivadas del latín, y transportándose por fin al continente americano que esos europeos habían descubierto y colonizado. De este modo, América Latina resultaría ser el cuarto anillo de esa prodigiosa expansión.

Entre las naciones que realizaron el descubrimiento, conquista y colonización del nuevo continente, tres eran lingüísticamente latinas: España, Portugal y Francia. La más vasta concepción histórica de la región, por lo tanto, debería englobar todas las tierras del nuevo continente que hubieran sido pobladas por esas potencias, opuestas en bloque a la América anglosajona, concentrada en el norte.<sup>2</sup> “Ya en los finales del XIX —dice Estuardo Núñez— empieza a diferenciarse entre *lo norteamericano* y *lo latinoamericano*, a raíz de haberse producido el fenómeno político de la independencia del norte... Empiezan a usarse entre los escritores franceses sobre todo (y acaso entre todos los europeos) denominaciones nuevas para las cosas de América no sajona: *états latins d'Amérique* que luce ya en un libro de 1882, *peuples latino-américains, démocraties latines de l'Amérique...*”<sup>3</sup> Estas nuevas expresiones remiten a un concepto que es a la vez racial, cultural y político. Pero ocurre, como lo hace notar el mismo Núñez, que vienen a sustituir a otras que tenían un contenido meramente geográfico: *Amérique méridionale, Amérique septentrionale, Amérique du Sud, Amérique australe*. Se crea así el primer equívoco sobre la latinidad de esta América: en el concepto geográfico, la expresión queda reservada al subcontinente meridional, básicamente iberoamericano (español y portugués); en el nuevo, caben también los franceses radicados en América del Norte.

Con respecto a la composición actual de la América Latina, José Luis Martínez puntualiza que “es algo más compleja que el simple esquema que subsistía hasta mediados del siglo. El conjunto original de veintinueve países subsiste (Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, El Salvador, Uruguay y Venezuela). Sin embargo, Puerto Rico es un Estado Libre Asociado a los Estados Unidos y los puertorriqueños tienen la ciudadanía estadounidense. Después de 1960 se han creado cuatro nuevos países: Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago y Guyana, de lengua inglesa predominante, que forman parte del British Commonwealth of Nations”.<sup>4</sup>

Como se ve, el balance a que nos lleva la idea de la latinidad desborda esa misma idea. Si ensayamos ahora restituirnos a la originaria posición del hombre americano, el adjetivo de América Latina se diluye en la contingencia histórica y nos encontramos sumergidos en la sustancia humana propia del sus-

<sup>2</sup> Es curioso recordar que esta división básica se da también en el orden geológico: América del Norte y América del Sur no estuvieron unidas en su nacimiento. La primera integró el continente llamado Laurentia, junto con Groenlandia y parte de las islas británicas (islas donde muy luego tomará origen lo anglosajón en América); mientras que América del Sur integró el Gondwana, con África, Australia, parte de Asia y la Antártida (reivindicada hoy por los estados australes de América Latina).

<sup>3</sup> *Lo latinoamericano en otras literaturas*, cap. v de la primera parte de este libro.

<sup>4</sup> *Unidad y diversidad*, capítulo IV de la primera parte de la presente obra.

tantivo, obviamente previa y ajena a lo europeo. Y enfrentamos así las grandes culturas anteriores al descubrimiento, sobre todo la mesoamericana y la andina.

La conquista del siglo xvi aniquiló prácticamente a esas grandes culturas, pero, al mismo tiempo, les dio nueva vida dialéctica en cuanto las transformó en la *terminus ante quem* de un proceso de occidentalización. Este proceso también afectó a los restantes pobladores de América, que detentaban en aquel momento grados inferiores de evolución: los que genéricamente eran llamados *indios* por los descubridores, inducidos por el gigantesco error geográfico que los llevaba a creer que habían llegado a Asia.

En el interior de la actual América Latina debe destacarse además la presencia de otro mundo radicalmente no latino: el africano. Quiere la teoría llamada "de los continentes a la deriva" que América, en un remoto tiempo geológico, haya formado una unidad física con África y que, desgajada luego por las fuerzas plutónicas de nuestro planeta, haya asumido su individualidad como continente. En esa fabulosa aventura, sólo la fauna y la flora de África habrían sido arrastradas por el continente americano, pero no sus hombres.

Por lo tanto, los africanos vinieron más tarde a América. Incontablemente más tarde, en los tiempos ya históricos. En el Caribe verde y transparente, en ese mar que deja ver dócilmente su intimidad, en esas islas que en él se incrustan con doble y lujosa orla de musgo y arena, tuvo lugar durante los siglos xvi y xvii el despiadado fenómeno de la trata: la instrumentalización de los hombres de un color por los hombres de otro color. Cien millones fueron "cazados" y trasladados de África; sólo una tercera parte de ellos habrían llegado a su destino americano. Sin embargo, este proceso tuvo el sorprendente resultado que ahora podemos ver: que los esclavos retribuyeron a sus amos trasmitiéndoles todo lo que pudieron conservar de su cultura, enseñándoles muchas cosas: desde cantar y bailar hasta luchar por su libertad.

Lo que América Latina tiene de africano resulta ser, a la vez, su *trait d'union* con la América anglosajona: son esa raza y su cultura las que se encargan de soldar los dos enormes subcontinentes que constituyen las Américas. Las islas del Caribe y la América Central constituyen una transición entre América del Sur, ejemplarmente latina, y América del Norte, ejemplarmente anglosajona. En esta zona ni siquiera es siempre precisa la correlativa y básica delimitación entre esas dos culturas colonizadoras, ya que ambas han coexistido en ella y coexisten aún.

Esta América africana se hace sentir fuertemente, no sólo en esta zona media, sino en sus fronteras con las otras, o sea, el norte de América del Sur y el sur de América del Norte. De tal modo, esta interposición constituye a la vez una barrera y un camino, y en todos los casos un enriquecimiento del esquema clásico del que surgió el concepto mismo de América Latina: las dos Américas divergentes convergen en una tercera cultura hasta formar, en conjunto, una sola *Afroamérica*, un muelle que tiende a unificar culturalmente las tres Américas geográficas.

Dentro de tal complejo de tensiones en América Latina, son casi infinitas las posibilidades de acciones y reacciones y, correlativamente, la tentación intelectual de subsumir sus problemas en otros próximos o análogos. El gran ensayista argentino Martínez Estrada, por ejemplo, tiende a asimilar los problemas latinoamericanos con los africanos, y subraya los "factores de la vida nacional pertenecientes a un tipo de historia al que no convienen los patrones que habíamos tomado antes del modelo, y si los de los países africanos donde la esclavitud y la servidumbre le presentan al observador perspicaz, con similitudes universales y típicas, formas de vivir comunes a los pueblos que aparentemente ejercen su soberanía".<sup>5</sup>

La idea de la región se nos vuelve así más problemática a medida que intentamos adentrarnos en ella. El sociólogo Gino Germani señala dos concepciones polares, "diametralmente opuestas entre sí, pero coincidentes en acordar una existencia real a América Latina". La primera "insiste sobre el carácter latino, o griego romano, cristiano, hispánico o ibérico del subcontinente americano". En la segunda, "América Latina es vista como una unidad no solamente en términos culturales y sociales, sino también —y sobre todo— en términos políticos... el factor unificante se origina en un objeto externo, antagónico y amenazante". Si bien en la primera de estas hipótesis el factor central parece ser cultural y en la segunda político, debe observarse que ambas están limitadas por otro que es geográfico: en la primera se habla del "subcontinente americano", en la segunda de un "objeto externo".<sup>6</sup>

Estas peticiones de principio son casi inevitables en toda conceptualización de América Latina. Tampoco serviría un criterio meramente racial, que opusiera los latinos a los anglosajones. Y esto no sólo por la presencia de los indios, de los africanos y de los variados inmigrantes ulteriores, sino también por la inescindible mezcla de todas esas razas que se da ejemplarmente en muchas islas de las Antillas, donde se confunden bajo la amplísima denominación de latina las sangres indígena, hispánica y africana (un caso detonante es Haití, país de mayoría negra y donde se habla francés). Y asimismo por la indudable penetración racial y social de los latinos en la zona sur de los Estados Unidos; en este caso, la América Latina va invadiendo desde abajo a la anglosajona, merced a una especie de capilaridad demográfica que sube a través de Puerto Rico, México, Cuba, y parecería que tiende a compensar, a base de fertilidad, los territorios latinos que fueron perdidos durante el período formativo de las nacionalidades.

Tampoco sería aceptable una concepción puramente lingüística que predicara como América Latina la que forman aquellos países que hablan español o portugués. José Luis Martínez recuerda que "de los 254.4 millones de habitantes que forman la población de América Latina (1968), 164.2 millones, o

<sup>5</sup> Ezequiel Martínez Estrada, *Prólogo inútil* a su *Antología*, México, 1964, Fondo de Cultura Económica.

<sup>6</sup> Gino Germani, *América Latina existe y si no habría que inventarla*, en revista *Mundo Nuevo*, núm. 36, París, 1969.

sea el 64.5 %, hablan español; 85.6 millones hablan el portugués en Brasil, o sea el 33.4 %, y el resto el francés y el inglés".<sup>7</sup> El residual 2.1 %, en efecto, habla francés o inglés y aun holandés (Curazao, Surinam). Y no sólo se opone a toda simplificación esta pluralidad de lenguas occidentales, sino también la supervivencia de las lenguas precolombinas (hay un país que es bilingüe: el Paraguay). Por análogas razones, debería rechazarse también una concepción religiosa que opusiera el catolicismo de América Latina al protestantismo de las colonias anglosajonas (aproximadamente la cuarta parte de Estados Unidos es católica).

A pesar de esta intrincación conceptual, el mundo contemporáneo redescubre con nuevo deslumbramiento este complejo que insiste en llamarse América Latina, entidad todavía no definida, pero que presenta a simple vista la consistencia de lo real. Si profundizáramos en busca de las raíces de esta ostensible unidad, su historia suministra esta primera nota: sucesiva dependencia del conjunto respecto de una potencia exterior. Primero, de las monarquías ibéricas; cuando ellas caen, los ingleses y luego los norteamericanos erigirán a expensas de América Latina sus imperios sucesores, no ya en lo político, pero sí en lo económico.

Esta nota de dependencia sería, acaso, la primera a considerar para determinar el fugitivo concepto de América Latina. Y, la segunda, su inmersión en la más fuerte polaridad histórica de la actualidad: el abismo que se abre entre los países ricos y los pobres; oposición más vasta que la anterior, pero no contradictoria con ella, ya que se ilustra en el conjunto de las Américas, donde la anglosajona es la rica y la latina es la pobre. Estos dos criterios se complementan y confirman por un tercero más elemental: el geográfico, en que se apoyan, expresa o tácitamente, todos los que hasta ahora hemos compulsado. América Latina sería toda aquella tierra americana que queda al sur del río Grande o Bravo (que marca el límite de Estados Unidos con México). La habitualidad de esta expresión (*al sur del río Grande, o Bravo*) sería prueba de su veracidad: al sur de este río existe cierta homogeneidad cultural, política, social, lingüística, religiosa.

## DEL ASOMBRO AL ARTE

Se han señalado repetidamente los tres incentivos que llevaron a los españoles a colonizar América: el impulso guerrero adquirido al reconquistar su propio territorio de manos árabes; el misticismo misional católico; la codicia (de oro, de esclavos, de mujeres). Entre estos móviles, cada historiador, cada ensayista, destaca el que más impresiona a su sensibilidad, pero no hay duda que el conjunto de los tres factores aducidos es el que determina ese proceso que habría de integrar el mundo, prácticamente, con la mitad que de él faltaba.

<sup>7</sup> Capítulo citado.